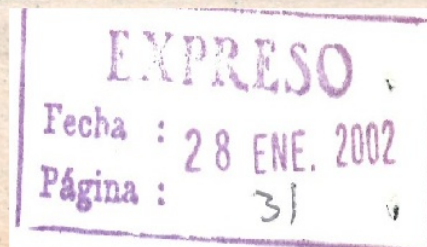


Plazuelas de Lima



Felipe Buendía

Plazuelas de Lima de bancos sin espaldares y árboles murmuradores bajo un atronador cielo de plata; estoy vivo y con las alas desplegadas mientras me pida el cuerpo desplomarme en uno de esos bancos en la selecta área metafísica de una plazuela de cantorrodado y seca pileta y me hagan lugar entre ellos seres contemplativos y silentes.

En las plazuelas de Lima pervive una quietud magnética de parcas nubes, y el turroneo aguarda de brazos cruzados desesperanzado de clientes, de cara a la eternidad; y se arrastran por aquella aislada paz viejas milenarias de tocas negras y el lustrabotas relee revistas arcaicas al lado del feroz alineamiento del "Alianza" y la efigie del Reverendo Padre Urraca, con fama de santos. Todo está trabado y yerto en las plazuelas de Lima... Todo. Plazuela de San Marcelo, remanso macilento que en las noches titila de faroles mortecinos, plazuela amparadora de lúgubres enamorados. Plazuela de Santo Domingo, mitológico rincón arbolado frente a la más

inimaginable torre, en jaque del reloj del Correo flotando en el invierno inmortal. Plazuela de San Agustín, asordinada por la amargura de verse prisionera de bloques de cemento, vive allí en el espectro de la botica "Venecia" y juegan niños fantasmales sin percatarse del torturado imafrente de la iglesia suspendido en el vacío por las obras de refacción.

Plazuela de San Lázaro, hirviente y azulada, incólume rincón imperecedero, indestructible.

Plazuela de la Buena Muerte, prodigiosamente a salvo del zarpazo del mundo, amarilla y flaqueada por las ruinas de pulperías estáticas. Plazuela de Santa Clara, deformada pero enhiesta, delante del Molino obediente a la imaginación del Canaletto, amados despojos de los Barrios Altos. Plazuelas desportilladas, olvidadas y vejadas a pedradas, reventadas a pelotazos los vidrios de sus balcones agónicos.

Un verano musulmán recalé en la plazuela de San Sebastián.